

LA CORRIDA DE TOROS COMO RITUAL RELIGIOSO¹

William H. Desmond

I. Introducción.- II. La Corrida de Toros.- III. El Toro en la Religión Antigua.- IV. La Religión Mitraica.- V. Mitraísmo y Cristianismo.- VI. Reminiscencias paganas.- VII. Las Corridas de Toros en la Antigüedad.- VIII. Supervivencias paganas en España.- IX. La España moderna.- X. La moderna Corrida de Toros.- XI. La Corrida de Toros como reminiscencia.- XII. Conclusión.



I. INTRODUCCIÓN



reud y Reik han demostrado que muchos de nuestros rituales modernos, como el del sacramento del agua, son reminiscencias compulsivas del asesinato primordial del padre y su consiguiente devoración. Ahora intentaremos demostrar que la corrida de toros, un juego particularmente sangriento, también puede conducirnos al parricidio original.

Es bien sabido que la tragedia griega se originó en una ceremonia religiosa durante la cual se mataba y se comía a un toro.

«...una gran procesión que avanza... El Toro es sacrificado ¿por qué? ¿por qué ha de morir algo tan sagrado?... Muere porque es tan sagrado que puede darle a su gente su sacralidad, su fuerza, su vida,...» (Harrison, 1948: 88).

¹ Nota del Editor: Este artículo fue publicado originariamente en la revista *The American Imago*, n.º 2, vol. 9, 1952. Ha sido traducido al castellano por Rafael Mazarrasa.

Respecto al sacrificio de animales como origen de la tragedia, Freud escribió:

«... Pero ¿por qué tenía que sufrir el héroe de la tragedia? ¿y cuál fue el pago de su *trágica* culpa? Él tenía que sufrir porque él era el padre perenne: el héroe de aquella tragedia primordial... y la culpa trágica es la culpa con que él tenía que cargar para librar de la suya a los del coro».

Nos interesa, por consiguiente, lo escrito por Ernest Hemingway:

«La corrida de toros no es un deporte en el sentido anglosajón de la palabra. ... *Es, más bien, una tragedia: la muerte del toro*, que se representa, más o menos acertadamente, por el toro y el hombre involucrados en una acción en la que existe peligro para el hombre, pero al animal le espera una muerte segura»² (1932: 16).

Comparando de forma explícita el antiguo ritual de sacrificio del toro con el festín totémico descrito por St. Nilus, Jane Harrison recurre a la descripción hecha por Firmicus de la fiesta cretense de Dionisos, que da origen al mito griego.

«Desmembran a un toro vivo a dentelladas, y recorren los lugares secretos del bosque profiriendo alaridos discordantes, simulando así la locura de una mente rápida» (1922: 484).

El sacrificio de animales se practicó —al menos— hasta el siglo VIII, y durante el siglo IV aún persistían en España las prácticas totémicas. Demostraremos que la corrida de toros es sobreviviente del festín totémico, y que el toro, como víctima sacrificial, es dios y hombre, un símbolo que alude tanto al padre como a su hijo rebelde.

² N. del T.: Las cursivas son de Desmond.

De este modo, el matador representaría al cabecilla de la horda de hermanos, mientras que su *cuadrilla*, o compañía, formada habitualmente por dos picadores, tres o cuatro banderilleros y el puntillero, encarnaría al resto de los hijos que han formado banda para perpetrar el parricidio.



Fig. n.º 39.- *Freud al cumplir el medio siglo*. Apud Freud (1973: I, Lám. 18).

II. LA CORRIDA DE TOROS

Son frecuentes en España las corridas de toros organizadas espontáneamente en los pueblos de sus provincias; se suelta al toro en una plaza pública y se le mata. Hemingway describe una de estas lidias improvisadas.

«... los participantes se abalanzaron sobre el toro, todos a una, con navajas, pinchos, cuchillos de carnicero y piedras; un hombre acaso entre sus cuernos, zarandeado arriba y abajo, otro volando por el aire, seguramente varios agarrándole el rabo, un enjambre de macheteros, piqueros y puntilleros que lo acosan, se le echan encima y lo apuñalan hasta que el animal vacila y cae» (1932: 24).

En una de estas corridas provincianas, el toro se fue de mano, matando a dieciséis e hiriendo a sesenta. Después sucedió el siguiente episodio:

«Uno de los muertos era un muchacho gitano de unos catorce años. Cuando el toro lo mató, un hermano y una hermana del difunto perseguían al toro tal vez con ánimo de asesinarlo si la ocasión se presentaba... Eso era difícil porque ya se habían hecho cargo del toro... y su dueño decidió enviarlo a un matadero de Valencia... Los dos gitanillos se presentaron en el matadero y el muchacho pidió permiso para matar al toro que había matado a su hermano. Recibió autorización y empezó por sacarle los ojos al toro, que estaba encajonado, escupiendo luego en ambas cuencas, y después lo mató tajándole la espina dorsal... *pidió entonces permiso para cortarle los testículos al toro* y, al obtenerlo, salió con su hermana del matadero y, ya en la calle polvorienta, encendieron una hoguera y, ensartando en un palo los dos testículos, los pusieron al fuego y cuando estuvieron bien asados se los comieron» (1932: 24)³.

Hay otros pasajes de Hemingway que también indican que el toro constituye una imagen del padre. Por ejemplo:

«Extraña sensación la que se tiene cuando un animal va a por ti queriendo matarte, ver que te mira con los ojos abiertos y fijos, y percibir el empuje del cuerno con el que intenta matarte» (1932: 24).

³ N. del T.: Las cursivas son de Desmonde.

La corrida de toros propiamente dicha se desarrolla conforme con una serie de ceremoniales estrictamente sujetos a norma, lo cual sugiere que en su origen hay un rito religioso.

La corrida de toros se divide en tres partes (*tercios*) y en cada una de ellas se enfrentan al toro los diferentes miembros de la cuadrilla. El primer tercio es el de los picadores, hombres a caballo que van armados de largas lanzas. Las picas que rematan las varas son lo suficientemente cortas para no alcanzar el corazón del toro, de manera que lo único que consiguen los picadores es herirlo y torturarlo. Para picar a un toro, los picadores tienen que tenerlo cerca y en el encuentro suelen resultar los caballos gravemente heridos. En ocasiones han muerto varios caballos a lo largo de este primer tercio. El espectáculo de caballos heridos es horroroso; antes de caer, más de una vez, recorren el ruedo arrastrando las tripas por el suelo⁴.

Tras dejar herido al toro los picadores, los banderilleros inician su faena citando al toro de lejos y haciéndole correr por el ruedo para cansarlo, mientras le van clavando banderillas, montadas en astiles de unos 80 centímetros de largo, en el cuello y en el lomo. Estos dardos con punta de arpón se quedan enganchados en la piel del animal. Por último, entre el clamor de la multitud, el matador entra al combate.

Desde su ceremonioso saludo inicial al entrar en el ruedo, el matador y su cuadrilla actúan siempre con estricta sujeción al Reglamento. El matador debe pedir permiso para matar al toro, y tras serle otorgado por el Presidente, brinda la muerte del toro. El matador, al que aquí miramos como caudillo de la horda de hermanos, debe matar al toro afrontando el riesgo. El peligro que

⁴ N. del T.: Como puede leerse en la nota siguiente, el autor elige, para describir la corrida, dos textos: uno de 1907 y otro de 1910, en un momento en que todavía los toros se picaban con caballos sin protección y, por consiguiente, produciéndose escenas como las que describe pero que hoy en día son irrepetibles.

corre su persona es considerable, incluido el riesgo de morir o de ser malherido. El matador cita al toro moviendo un paño de color rojo ante la cara del animal; cuando éste se arranca, el matador esquiva su embestida con habilidad, dejando que el toro roce el trapo.

El matador ha de cumplir la norma hasta en sus mínimos detalles. Tiene que inclinarse, desmonterarse y dibujar una reverencia cuando solicita permiso para matar al toro. Cuando arroja su montera, no la tira de frente, sino hacia atrás, pasándola por encima del hombro izquierdo; si se la tira a una persona en particular significa que el matador dedica la muerte del toro a ese individuo. El matador si consigue matar con arreglo al ritual recibe los aplausos del público y, teniendo a sus pies el despojo, eleva sus brazos que sostienen espada y muleta levantándolas y bajándolas a modo de victorioso saludo; cuando no logra realizar la suerte correctamente escucha inmediatamente las protestas (pitos) del público. El puntillero, aunque el toro haya caído por tierra, entra en el ruedo para rematar al animal muchas veces aun agonizante.⁵

Comentando una corrida de toros, Havelock Ellis ha escrito:

«Ceremonia espléndida, depurado ritual, solemnemente aceptada: lo que aquí presenciamos evoca a lo que atestiguamos cuando el Arzobispo consagró el santo óleo o cuando lavó los pies de trece hombres mayores. El proceso completo que culmina

⁵ Mi descripción de la corrida procede básicamente de Davis (1902 y 1910). El autor añade que el puntillero remata al toro porque «hasta los más diestros espadas fallan de vez en cuando, y sería indigno de ellos tener que repetir la suerte» apreciación equivocada pues el torero está obligado a matar el toro dentro del tiempo que el Reglamento establece. En el caso de no lograrlo, el toro, lejos de cachetearlo el puntillero, será devuelto por el Presidente al chiquero. Para realizar esta faena salen a la plaza los cabestros (toros mansos y castrados) domados para envolver al bravo e introducirlo en los corrales.

con la muerte del toro *no es sino un depurado ritual*. ...en ambos casos, la ceremonia, unida a un intenso sentimiento subyacente, proporciona el elemento más profundo de la fascinación. La corrida de toros es española, y atrae a los españoles *tanto como ritual sagrado cuanto como deporte*»⁶ (1923: 348).

Además de Ellis, otros autores también han quedado impresionados por el aire ritualista que rodea a la corrida de toros. Por ejemplo, Richard Harding Davis, que ha escrito:

«Ningún otro juego se desarrolla con semejante observancia de ceremonia y protocolo, de tradición y orden de precedencia. Hay costumbres en la lidia de toros arraigadas hace 500 años....» (1902: 642).

III. EL TORO EN LA RELIGIÓN ANTIGUA

La matanza ritual y consiguiente comida de un toro sagrado constituyeron una parte esencial de las religiones en la Antigüedad clásica, particularmente en Grecia (Fig. n.º 40). El sacrificio de animales, como repetición del crimen primordial, obedece a un designio de orden superior y representa, simultáneamente, tanto la muerte del padre como un sacrificio por parte del hijo para conseguir su propia absolución (Fig. n.º 41).

El toro fue deificado en todas las antiguas civilizaciones, y fue sagrado en Egipto, Mesopotamia, Persia, Creta, Grecia e India. Incluso a Yahvé, el dios hebreo, se le adoraba a veces bajo forma de toro. Pero aquí no hay espacio para desarrollar con detalle estas consideraciones.⁷

⁶ N. del T.: *Cursivas de Desmonde*.

⁷ Ver, por ejemplo Conybeare, 1905: vol VII: 81; *ibidem*, 1916: 887-890; Reik, 1946: 85; Frazer, 1923 y Demircioglu, 1939.

Particular atención merece Dionisos, quien, como deidad fálica, era adorado bajo la forma de toro en el ritual cretense. Según el mito, Zeus, encarnado en una serpiente (falo) visita a Perséfone, la cual acaba dando a luz a Dionisos, una criatura cornuda. A poco de nacer comenzó a emular a su padre blandiendo el rayo en su mano diminuta, asumiendo así esas prerrogativas del padre. Atacado por los Titanes, escapa de ellos adoptando diversas formas, convirtiéndose temporalmente en Zeus, después



Fig. n.º 40.- *Lucha de Hércules con el toro de Creta*. Apud Navarro, F. (Dir.) (2004): *Historia Universal*, Madrid, El País-Salvat, 4, 263. Fragmento de una metopa del templo de Zeus en Olimpia, siglo V a. C.

en Cronos, en un hombre joven, un león, un caballo y una serpiente, sucesivamente. Por último, bajo la forma de toro, fue acuchillado hasta la muerte (Fig. n.º 42).

«Un rasgo del carácter mítico de Dionisos... era que se le solía concebir y representar en forma de animal, especialmente bajo la forma de un toro o tocado con cuernos de toro. Por eso es referido como el *nacido de vaca*, el *toro*, el de *aspecto de toro*, *cara de toro*, *ceño de toro*, *cuernos de toro*, *con cuernos*, *bicor-*

ne, cornudo. Creían que se aparecía, al menos ocasionalmente, en forma de toro. Sus imágenes, como la encontrada en Sísico, solían tener forma de toro o estar tocadas con cuernos de toro; y se le pintaba con cuernos» (Frazer, 1925: 16).

La identificación de Dionisos con el toro y el hecho de que la tragedia griega surgiera históricamente de la matanza ritual de un toro, abonan, por consiguiente, nuestra hipótesis de que la



Fig. n.º 41.- *Sacrificio israelita de un toro.* Apud Navarro, F. (Dir.): *Historia Universal*, El País-Salvat, Madrid, 2004: 2, 378. H. J. Nuscheler: *El profeta Elías sacrifica un toro ante los sacerdotes de Baal*, siglo XVII, vidriera, catedral de Zurich (Suiza).

corrida de toros, en cuanto tragedia, es una conmemoración del crimen primordial.

«... los cretenses, cuando representaban la pasión y muerte de Dionisos, despedazaban a un toro con los dientes. Ciertamente, el desgarramiento y comida de toros y becerros vivos parecen constituir una característica regular de los ritos dionisiacos. Si consideramos la práctica de representar al dios como un toro o con alguno de los atributos de este animal, la creencia de que se

aparecía a sus devotos bajo la forma de un toro durante los rituales sagrados, y la leyenda de haber sido despedazado como toro, no puede cabernos duda de que *desgarrando y devorando a un toro vivo durante la fiesta del culto a Dionisos sus adoradores creían estar matando al dios, comiendo su carne y bebiendo su sangre*» (*ibidem*: 17)⁸.



Fig. n.º 42.- *Teatro de Dionisio*. Apud Lelorrain, A. M. (Dir.) (2005): *Historia Universal Larousse*, Madrid, Spes Edit., 3, 399. En el teatro de Dionisio con motivo de la representación del ciclo de tragedias se sacrificaba públicamente un toro.

Sería fácil citar un buen número de otros rituales taurinos de índole similar, como la *bouphonia* ateniense, o matanza de bueyes, en los que se sacrificaban toros ceremonialmente⁹.

⁸ N. del T.: Cursivas de Desmonde.

⁹ Para la *bouphonia*, la gran fiesta conmemorativa de la fundación de Atenas, ver Romero de Solís, 1995: 70-79.

IV. LA RELIGIÓN MITRAICA

Los adoradores de Atis tenían estrecha relación con el culto mitraico. Según el mito, Atis era consorte de Cibele, diosa de fertilidad que tenía su morada en Frigia. En una de las versiones de la muerte de Atis, es muerto por un jabalí, y en el segundo mito se castra a sí mismo debajo de un pino. El pino (falo) se convirtió en símbolo de Atis, y los seguidores de Cibele, llamados sacerdotes de Gali, se emascaban voluntariamente durante rituales espectaculares.

Es interesante la ceremonia que formó parte del culto de Atis y luego fue adoptada con carácter general por el mitraísmo. En este ritual, que tenía lugar en la Colina Vaticana, muy próximo, o en el mismo sitio que la actual basílica de San Pedro, el devoto era coronado con oro y envuelto en guiraldas de flores. Descendía al interior de un pozo, que se cubría con una tapa de madera enrejada. Entonces se traía a un toro adornado con flores y cubierto de láminas de oro, que se situaba sobre la reja, donde era alanceado hasta la muerte con un rejón sagrado. La sangre caliente y humeante caía sobre el devoto hasta empapararlo. Al emerger del pozo recibía el homenaje y la adoración de los otros participantes, como alguien que ha sido purificado mediante la colada de sus pecados. Frazer añade que los testículos del toro jugaban un papel importante en esta ceremonia.

Con orígenes en tiempos prehistóricos, la religión mitraica comenzó a penetrar en Roma, vía Persia, hacia finales del siglo I d. C. Algunos autores afirman que, el mitraísmo persa es originario de la India (Cumont: 1903). Es cierto que, incluso hoy en día, el toro es sagrado en ese inmenso país. Tolomeo dice que Mitra, el hijo del sol, era objeto de culto en todos los países situados entre India y Asiria.

El mitraísmo adquirió su forma más o menos definitiva durante la conquista macedonia. En Babilonia, el *magi*, o clero

oficial, contribuyó considerablemente a efectuar la fusión de los Baales semíticos con el Mitra persa. El mitraísmo se extendió principalmente entre los soldados romanos, que diseminaron el culto desde sus numerosos campamentos a lo largo y ancho del vasto imperio (Fig. n.º 43).

Irradiando fuera de los confines del Estado romano, el mitraísmo llegó a ser practicado en muchos rincones remotos del mundo. Se han hallado vestigios de este culto en un lugar tan septentrional como Boulogne, que en su día fue base y cuartel general de la flota de Roma. En el río Támesis se ha encontrado un instrumento para castrar, que fue llevado a Inglaterra por sacerdotes romanos, probablemente perteneciente al culto de Atis. La propagación del mitraísmo se vio facilitada por el enorme número de esclavos que fueron llevados a Roma. Estos esclavos, entre los que abundaban los adoradores de Mitra, fueron puestos al servicio de la burocracia romana, enviados a los confines del imperio, y a veces empleados en cargos de mucho poder.

El mitraísmo se estableció formalmente como una religión oficial de Roma hacia el final del siglo II. Cumont relata que en 307 d. C., Diocleciano, Galerio y Licino dedicaron conjuntamente un templo a Mitra. El mitraísmo, muy popular entre los soldados, disponía de una teología y una mitología muy desarrolladas, y se servía de numerosos y complejos ceremoniales. Lo que sigue es la narración de una de las grandes aventuras mitológicas de Mitra.

«El imponente toro se encontraba pastando en un prado de la ladera de la montaña; el héroe, recurriendo a una sencilla estratagema, lo agarró por los cuernos y consiguió montarse encima. El cuadrúpedo, furioso, rompió a galopar y a brincar intentando en vano librarse de su cabalgador; éste, aunque sin asiento por causa de la loca carrera del toro, no aflojó su abrazo ni un instante; padeció ser arrastrado por el toro, colgado de los cuernos del animal, el cual, finalmente, agotado por sus esfuerzos, tuvo

que rendirse. El vencedor cogió entonces al toro por las patas traseras y lo arrastró hasta un camino, salpicado de obstáculos, hasta ir a parar a una cueva donde tenía su morada.

«Esta jornada dolorosa... de Mitra se convirtió en símbolo del sufrimiento humano. Pero el toro, al parecer, logró escapar de su prisión y volvió a pastar en libertad por las praderas de la montaña. El Sol envió entonces al cuervo, su mensajero, con la orden para su aliado de matar al toro fugitivo. Mitra recibe esta orden y, muy a su pesar, acata el designio del Cielo, emprende

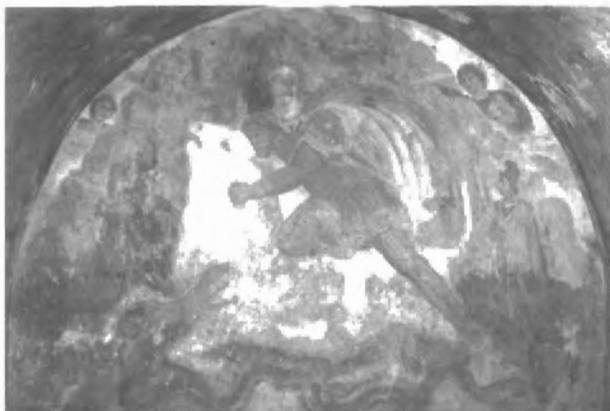


Fig. n.º 43.- *Mitra de Capua*. Apud Gowing, L. (Dr.) (1988): *Historia Universal del Arte*, Madrid-Oxford, Equinos-Sarpe, t. 2, *El Clasicismo*, 96.

la cruel misión de perseguir a la bestia esquivada y, con la ayuda de su ágil perro, consigue darle alcance cuando aquélla iba a buscar refugio en la misma cueva de la que se había escapado, y agarrando al toro por los hocicos con una mano, con la otra le hundió en un costado su cuchillo de caza».

«Entonces sucedió un prodigio extraordinario. Del cuerpo de la víctima moribunda brotaron todas las hierbas y plantas útiles que

cubren la tierra con su verdor. De la espina dorsal del animal brotó el trigo que nos da nuestro pan y, de su sangre, la vid que produce la sagrada bebida de los misterios. El Espíritu del Mal lanzó en vano a sus inmundos demonios contra el afligido animal, con el propósito de infectar la fuente misma de la vida; el escorpión, la hormiga, la serpiente porfiaron en vano para consumir los genitales y la sangre del prolífico cuadrúpedo; pero fueron incapaces de impedir el milagro que se estaba produciendo. ... De este modo, mediante el sacrificio que había aceptado resignadamente, el héroe tauróctono se convirtió en el creador de todos los seres beneficiosos de la tierra. ...» (*ibidem*: 132).

Parece evidente que el toro de esta antigua corrida, como creador de seres terrenales, constituye una imagen del padre. Esta apariencia se hace aún más clara en la teología mitraica, según la cual, en el día del juicio, un toro maravilloso descenderá a la Tierra, y Mitra hará que todos los hombres despierten a la vida. Los así resucitados, reunidos en asamblea, presenciarán el sacrificio del toro divino ofrecido por el dios de la verdad; el cual, mezclando la grasa del animal con vino consagrado, ofrecerá este brebaje a los justos que, bebiendo del líquido, alcanzarán así la inmortalidad.

En las numerosas representaciones pictóricas del culto descubiertas por la arqueología moderna, Mitra, casi siempre, aparece matando al toro. Es más, los rituales mitraicos incluían invariablemente esta matanza. Extendida por todo el Imperio romano, la religión mitraica celebraba sus ritos en grutas subterráneas llamadas *taurobolia*. La ceremonia en el *taurobolium* consistía en el ya descrito sacrificio del toro; creían que el baño en la sangre del toro purificaba al individuo. Y al ingerir su sangre, el devoto adquiría la fuerza del toro. (Recordemos aquí que los miembros de la horda de hermanos devoraron el cuerpo de su padre por motivos semejantes).

El trabajo de Cumont contiene reproducciones de algunos bajorrelieves recuperados en los *taurobolia*. La imaginería habitual se tipifica como sigue:

Tras una persecución enconada, el dios captura al toro, que ha caído en tierra; lo sujeta poniéndole una rodilla encima de la grupa y un pie sobre una de sus pezuñas, cargando todo su peso presiona al animal contra la tierra; y agarrándolo con una mano de los hocicos con la otra le hunde un cuchillo en el costado. La impetuosidad de esta escena animada magnifica la agilidad y la fuerza del héroe invencible. Del lado opuesto, el sufrimiento de la víctima agonizando, sus últimos jadeos, con los miembros convulsos en estertores de muerte, *la singular mezcla de exaltación y remordimiento que expresa el semblante del asesino*, confieren prominencia al lado patético de este drama sagrado...» (*ibidem*: 210)¹⁰.

La ambigua actitud de Mitra cuando ejecuta al toro sugiere, una vez más, que en esta aventura él está apuñalando a una imagen del padre, repitiendo de este modo el crimen primordial.

En el cenit de su poderío, hacia la mitad del siglo III, el mitraísmo estuvo a punto de convertirse en una religión universal. Sin embargo, la conversión de Constantino al cristianismo asestó un severo golpe a la religión rival. Julián el Apóstata hizo un último intento por reinstaurar el mitraísmo, pero, tras su muerte, el cristianismo fue el vencedor. Eventualmente, el gobierno romano legislaría oficialmente contra el culto de Mitra. En las provincias se produjeron levantamientos contra la religión mitraica en los que se saquearon e incendiaron sus lugares de culto. La devastadora violencia empleada para eliminar al mitraísmo fue alentada por un grado muy alto de fanatismo. El rescaldo del mitraísmo perduraría en Roma durante muchos años,

¹⁰ N. del T.: Cursivas de Desmond.

especialmente entre la aristocracia, pero el advenimiento de Teodosio en el año 394 de nuestra era puso fin a toda esperanza de reavivar este culto. Después persistirían en Roma unos cuantos *taurobolia* clandestinos, subterráneos, situados en sótanos recónditos de los palacios, donde se siguió celebrando el culto, aunque por poco tiempo.

V. MITRAISMO Y CRISTIANISMO

Tras la derrota final del mitraísmo, muchos de sus rituales y mitos fueron incorporados al cristianismo. Por consiguiente, si la corrida de toros moderna fuese supérstite de la religión mitraica, bien podría ser una de esas numerosas facetas del culto de Mitra que se fusionaron con el cristianismo. Resultará instructiva la constatación de las similitudes entre ambos cultos.

«La pugna entre las dos religiones rivales fue tanto más enconada cuanto más se asemejaban sus particularidades. Los adeptos de ambos cultos formaban conventículos secretos, estrechamente unidos, cuyos miembros se trataban de *hermanos* entre sí. Los ritos que practicaban ofrecían numerosas analogías. Los sectarios del dios persa, al igual que los cristianos, se purificaban mediante el bautismo; recibían, a través de alguna forma de confirmación, el poder necesario para combatir a los espíritus del mal; y esperaban de una Cena del Señor la salvación de cuerpo y alma. Al igual que los cristianos, los mitraístas santificaban el Domingo y celebraban el nacimiento del Sol el 25 de diciembre, la misma fecha en que lo celebraban aquéllos, al menos desde el siglo IV.... Ambos creían en la existencia de un Cielo habitado por seres beatíficos, situado en las regiones superiores, y de un Infierno poblado de demonios, situado en las entrañas de la tierra. Ambos situaban el comienzo de la historia en un Diluvio.... (*ibidem*: 190).

La liturgia del *taurobolium*, practicada en Asia desde tiempo inmemorial, tiene un fuerte parecido con el ritual católico de comer la hostia y beber la sangre de Cristo, compartiéndolas, con el fin de conseguir una renovación del alma.

El sacrificio mitraico del toro, el corte de sus testículos y el baño en su sangre se prestan, por consiguiente, a una interpretación semejante al sacramento católico de la comunión: El toro representa al mismo tiempo al odiado padre y al hijo que es sacrificado en expiación del parricidio. El baño del novicio en la sangre del dios moribundo es sobreviviente del festín totémico durante el que los hermanos fortalecían su unión mediante la ingesta de pedazos del cuerpo del dios.

VI. REMINISCENCIAS PAGANAS

La suplantación del mitraísmo de ningún modo fue un proceso rápido ni fácil, aun después de la adopción del cristianismo como la religión oficial de Roma (Fig. n.º 44).

La labor misional contra el paganismo en general continuaría durante más de mil años. En Inglaterra, los bailes con motivo de la fiesta fálica del Ramo de Mayo¹¹ perdurarían, al menos, hasta 1583. Semejantes prácticas sexuales dan fe de los enormes obstáculos, bajo la forma de instintos naturales inextirpables, que dificultaban la labor misionera de los cristianos, y demuestran que son innumerables los ritos paganos que continuaron practicándose tras la implantación del cristianismo, al haber sido adoptados por éste de manera ostensible. Frazer apunta lo siguiente:

¹¹ N. del T.: *May-pole* se traduce por rama, vara, madero o poste, generalmente de abedul, que se adornaba con guirnaldas de flores y se llevaba en procesión o se clavaba en el suelo durante la fiesta del primero de mayo en las poblaciones de la Inglaterra medieval. En su torno se organizaba el baile, que los detractores puritanos de la fiesta calificaban de lúbrico.

«Tomadas en su conjunto, las coincidencias entre los festivos cristianos y los paganos son demasiado estrechas y demasiado numerosas para ser accidentales. Ilustran el compromiso que la Iglesia, en su hora de triunfo, se vio obligada a contraer con sus rivales, vencidos pero peligrosos. ... Para que una fe semejante pueda ser aceptada nominalmente por naciones enteras o incluso por el mundo, es esencial modificarla o transformarla primero, de acuerdo en alguna medida con los prejuicios, las pasiones, las supersticiones del vulgo» (1923, Parte IV, Vol. I: 311).



Fig. n.º 44.- *Menhir cristianizado*, Saint-Duzec, Francia, Apud Lelorrain, A. M. (Dir.) (2005): *Historia Universal Larousse*, Madrid, Spes Edit., 3, 399. En España también tenemos numerosas cristianizaciones de monumentos religiosos arcaicos como es el caso de la capilla del Cristo de Cangas de Onís (Asturias) construida sobre un dolmen de la Civilización de los Megalitos.

La historia de la Iglesia Católica atestigua los innumerables compromisos que fueron necesarios para extender el poder del papado.

La Navidad fue originariamente el día del nacimiento de Mitra, a quien, como dios del sol que era, se tenía por nacido un 25 de diciembre, con el solsticio de invierno. La Virgen que concibió a un hijo y lo alumbró en esa fecha fue originariamente Astarté, una diosa semítica. (Fig. n.º 45). La Pascua de Resurrección proviene del festival romano que celebraba la muerte y resurrección del dios Atis. De manera que las dos festividades

más importantes de la cultura occidental son supervivencia del mitraísmo; por consiguiente, es, cuando menos, plausible que la corrida de toros constituya asimismo una de estas supervivencias.

John M. Robertson afirma que la sepultura del propio San Pedro se localiza en la Colina Vaticana porque ese era el lugar del mitraísmo en Roma. La sede de San Pedro es simplemente la



Fig. n.º 45.- Astarté entre dos machos cabríos, divinidad fenicia, siglo XIII a. C., marfil. Apud Lelorrain, A. M. (Dir.) (2005): *Historia Universal Larousse*, Madrid, Spes Edit., 1, 182.



Fig. n.º 46.- Astarte, tesoro de El Carambolo (Sevilla), siglo VII a. C., Sevilla, Museo Arqueológico Provincial.

sede del *Pater Patrum*, supremo pontífice de Mitra en Roma. Según este autor, el *Pater* mitraico se transformó en el papa cristiano tras la muerte de Julián el Apóstata (1911: 336).

La pregunta surge: ¿Cuál fue el destino histórico de los innumerables fieles de Mitra, esparcidos por todo el vasto imperio romano, tras el triunfo del cristianismo? Una religión de tan enorme poder no podría haber desaparecido sin dejar sus muchas huellas. ¿No es,

acaso, posible que la corrida de toros fuese originalmente un ritual mitraico, amalgamado más tarde en el cristianismo? (Fig. n.º 46).

VII. LAS CORRIDAS DE TOROS EN LA ANTIGÜEDAD

Tan lejos tiempo atrás como en el 1200 a. C. ya se celebraban diversos juegos que tenían al toro por protagonista.

En el antiguo Egipto, el santuario del dios-toro Apis se situaba al lado del templo de Ptah, donde se celebraban combates de toros y se concedían premios a los animales vencedores (Fig. n.º 47).

Esto no era un mero espectáculo, sino un ritual mágico o religioso. En un bajorrelieve egipcio que se exhibe en el Louvre se ve a un toro corneando a un hombre caído en el suelo, mientras que un segundo cazador parece haber sido derribado anteriormente por el mismo toro.

Uno de los frescos descubiertos por Schliemann en la ciudadela de Tirene muestra a un toro a galope que lleva a un hombre inestablemente montado a su espalda. En algunas monedas griegas acuñadas en Catana aparece un toro con cabeza de hombre que lleva a la espalda a una figura acrobática sorprendentemente igual a la descrita.

El toro jugó un papel de enorme importancia en la cultura micénica.

«La prominencia del toro en la civilización micénica viene indicada en el número de grandes cabezas de toro, llenas de vida y de fuerza, halladas en distintos lugares del mundo micénico. Se suman a estas representaciones de gran tamaño ... las casi innumerables terracotas con la pequeña figura de un toro en relieve sobre diversos objetos, y de cabezas de toro usadas como parte de un ornamento (Bourne: 1917)¹².

¹² La descripción de los juegos de toros está tomada de la obra de Bourne, 1917: Vol V, 142 así como de la de Croque, 1917.

En un estuco micénico hay dos toros pintados en plena carrera, y uno de ellos tiene a un muchacho dando un salto de campana sobre su espalda. También hay mujeres actuando con toros; una de ellas aparece de pie entre los cuernos de un toro embistiendo.

«Una buena muestra del juego de toros... es la que se describe en una de las cenefas que decoran la famosa vasija de los combates hallada en Hagia Triada, al sur de Creta. Hay dos toros poderosos galopando hacia la izquierda y uno de ellos lleva a un hombre en los cuernos. Algunos piensan que el hombre está a punto de completar con éxito algún tipo de alarde gimnástico, pero parece más probable que el hombre haya sufrido la cogida del toro que lo lleva colgando de los cuernos. La presencia de esta escena en medio de las escenas de lucha que contienen las demás cenefas decorativas de la vasija demuestra, al parecer, que el tema principal no son los toros, sino la descripción de lo que sucede en la arena donde tienen lugar los combates» (*ibidem*: 143).

Fig. n.º 47.- *Apis como toro androcéfalo* período tardío. Bronce. Apud Delgado, C. (Com.), (2000-2001): *El toro y la Mediterránea*, Baleares, Sa Nostra.



El toro, como animal sagrado, era ofrendado a la Diosa Madre en los ritos sacrificiales minoicos (Fig. n.º 48). Crooke duda que el toro, como animal bendito, fuera utilizado meramente como divertimento. La teoría del doctor A. B. Cooks es, en resumen, que el juego del toro tenía lugar en una arena, que él denomina laberinto, y que era un rito religioso en relación con el dios-toro, que era representante del Sol.

Plinio y Suetonio han descrito el juego de los toros en Tesalia durante el siglo V, a. C.. Hombres a caballo persiguiendo a toros hasta agotarlos, se echan luego encima de ellos y, agarrándolos por los cuernos los doblegan hasta dar con ellos en tierra. Este deporte, que llegó a ser muy popular, se practicó durante cientos de años. Ya en el siglo I, a. C.:



Fig. n.º 48.- *Diosa Madre dando a luz entre dos panteras*, Çatal-Höyük, c. VI milenio a. C. Apud Lelorrain, A. M. (Dir.) (2005): *Historia Universal Larousse*, Madrid, Spes Edit., 1, 36.

«En aquellos tiempos se había convertido, cuando menos, en un espectáculo regular del circo, a veces por sí mismo, aunque era más frecuente verlo acompañando a otros combates, tanto en las ocasiones religiosas como en las seculares» (*ibidem*: 147).

En una inscripción hallada en Carianda, cerca de Halicarnaso, en Asia Menor, fechada en el siglo I ó II, a. C., se reseña el historial honorífico de un hombre que presidía los juegos del toro. Otra evidencia apunta a la existencia de juegos de toros en Esmirna.

Las crónicas de Grecia y del Mediterráneo oriental indican que hay una forma de hostigamiento de los toros, tendente a su captura y posterior conducción al lugar donde serán sacrificados, que constituye el preámbulo del rito sacrificial. Crooke dice que en el festival de Haloa en Atenas se celebraba una especie de corrida de toros en honor de Dionisos o de Poseidón.

El juego del toro fue importado de Tesalia a Roma en tiempos de César, según Plinio. (El mitraísmo también se propagó desde esa región).



Fig. n.º 49.- *Dominguillos*, 1750. Apud De Witz, E. (1993): *Combats de taureaux en Espagne*, Madrid, Centro de Asuntos Taurinos, Comunidad de Madrid, Lám. 18.

Las corridas de toros eran frecuentes en Roma, donde los malhechores eran expuestos a los ataques de toros furioso (Fig. n.º 49).

«Sabemos que se incitaba al toro arrojándole un muñeco de paja, llamado *pila*, a la cabeza... Otras veces se le enfurecía quemándole con antorchas y, como cuenta Ovidio, se le citaba agitando una prenda colorada delante del toro, práctica que tiene un paralelismo en la moderna corrida de toros española. Se relata un interesante incidente sucedido en el siglo III. Al parecer, un senador había sido enviado a la arena de Roma a

asestarle el golpe de muerte a un toro grande. ... He aquí una notable similitud con el acto final del sangriento drama que es la corrida de toros española, cuando el *espada* despacha al toro de un certero espadazo» (*ibidem*: 149).

Se dice que fue Teodosio el que puso fin a las corridas de toros en Roma en la última parte del siglo IV. No puede determinarse si su decreto fue efectivo inmediatamente; sin embargo, después no se registra ninguna corrida de toros celebrada en Roma. Es instructivo señalar que fue aquel Teodosio el que acabó con las esperanzas de un resurgimiento del mitraísmo en Roma.

VIII. REMINISCENCIAS PAGANAS EN ESPAÑA

El toro fue una figura importante en la mitología de los íberos, los antiguos habitantes de España. Se han encontrado pinturas de animales (toros, bisontes, caballos y ciervos) en la cueva de Altamira que datan de 15 a 20.000 años. En Guisando (Avila) hay cuatro estatuas de toros en medio de un campo cuyo origen se remonta al tiempo de los iberos. Los lusitanos, según Altamira, sacrificaban en sus altares a animales y a humanos, escrutando sus entrañas para adivinar el porvenir.

Fenicios y griegos establecieron colonias en España desde muy antiguo, y no cabe duda de que llevaron consigo sus ritos religiosos y sus mitos. En el 236 a. de C. los cartagineses iniciaron la ocupación de toda la Península, aunque fueron expulsados poco después por los romanos, que desde entonces dominaron España. Los visigodos, una tribu germánica, invadieron España en el 414, y la destrucción del Imperio Romano de Occidente les dejó todo el mando, excepto durante una breve ocupación de tropas de Bizancio en el siglo VI (Altamira: 1930).

Consecuencia de la larga dominación romana fue el arraigo en España de la influencia del Mediterráneo oriental. Stephen McKenna escribe:

«A lo largo de siglos de asentamiento y administración, los romanos ejercieron una tremenda influencia en la vida religiosa de la Península. La religión de Roma se propagó por toda España a través de los veteranos del ejército y de los italianos que se establecieron allí a comienzos del siglo II a. de C.» (1938: 13).

Durante los tres primeros siglos de esta era penetraron en España los cultos místéricos orientales, el primero de los cuales fue la religión de Frigia.

«La principal característica de este culto frigio era el *taurobolium* o *criobolium*, una ceremonia que también se encuentra en el culto de Mitra» (*ibidem*: 20).

Aunque Cumont afirma que los monumentos mitraicos son casi inexistentes en la Península ibérica, McKenna dice que en España se han encontrado unas veinticinco inscripciones de Mitra (Fig. n.º 50).



Fig. n.º 50.- *Dionisio*. Escultura encontrada en el mitreo de Cabra, Córdoba, Museo Arqueológico Provincial.

«El centro de este culto parece haber estado en Mérida, donde se han encontrado unas cuantas estatuas de Mitra. También era venerado en Tarragona, en partes de la Bética y en los castros militares del Noroeste. A Mitra se le suele referir como *Sol Dominus Invictus*. Sobre el altar a él dedicado en Mérida están inscritas las palabras *Ara Genesis Invicti Mithrae*, que probablemente se refieren al nacimiento del dios. El culto de Mitras parece haber sido muy popular a mediados del siglo II de nuestra era. Casi todas las inscripciones han sido dedicadas por soldados» (*ibidem*: 22).

En Tarragona hay una estatua de un sacerdote que se dispone a sacrificar a un toro. McKenna afirma que los cultos orientales eran más populares en las ciudades marítimas y en aquellas en las que había algún establecimiento militar; no se han encontrado inscripciones relativas a estas divinidades orientales en el centro de España ni en el noroeste de Lusitania.

La propagación del cristianismo en España se llevó a cabo por medios que con frecuencia dejaban intactas las costumbres paganas del pueblo. En el 711, cuando la invasión de los moros, el cristianismo y el paganismo aún pugnan por la supremacía.

«... debajo de las fórmulas del cristianismo sobrevivía el paganismo. En tiempos de Constantino, España aún no tenía una Iglesia cristiana; el cambio de religión había sido un mero acto oficial que apenas afectó a la organización de la sociedad» (De Oliveira, 1930: 56).

Constantino, al negarse a los sacrificios ofrecidos en su nombre, asestó un duro golpe al mitraísmo, que estaba estrechamente vinculado al culto del Emperador. Los esfuerzos de Constancio, su hijo, por abolir el sacrificio de animales fue un factor importante en la revuelta del año 361 en Gaul, en la cual Julián, primo de Constancio, se convirtió en emperador. En un último esfuerzo por reavivar el mitraísmo, Julián intentó reinstaurar la práctica del sacrificio de animales. Teodosio, que acabó derrotando a la religión mitraica, y que abolió la lidia de toros en Roma, prohibió los sacrificios sangrientos bajo pena de muerte. Aunque, como escribe McKenna:

«... así como la supresión de los cultos paganos oficiales fue fácil, la práctica privada del paganismo opuso una tenaz resistencia al avance del cristianismo» (1938).

«España había sido muy devota del culto imperial y en casi todas las ciudades, grandes o pequeñas, residía un sacerdote

que presidía el culto de los Emperadores. En la práctica, las funciones civiles eran inseparables de las religiosas en la administración pagana de Roma, y los cristianos no podían desempeñar cargos sin entrar en contacto con la religión pagana, pues formaba parte de sus deberes oficiales...» (*ibidem*: 30).

Los obispos adoptaron en España, por pura necesidad, una actitud de compromiso. Los miembros paganos de comunidades mayormente cristianas no debían ser confrontados, y se desaconsejaba la persecución violenta del culto pagano. Es instructivo señalar, sin embargo, que los sacerdotes dedicaron el máximo celo a la supresión de los sacrificios animales. Todavía durante los siglos V, VI y VII los misioneros y los concilios de la Iglesia tuvieron que condenar a muchos españoles por practicar ritos paganos en parajes relacionados con fuentes y grandes piedras.

Las invasiones visigodas ayudaron a mantener vivo al paganismo; estas tribus, sin embargo, no eran de gente urbana; de manera que las ciudades conservaron su carácter hispano-romano, y los conquistadores adoptaron sus formas de vida. Chapman (1931: 34) anota que una de las diversiones más populares de aquellos tiempos parece haber sido una forma de corrida de toros.

El paganismo, de ningún modo, era cosa exclusiva de los laicos; el propio clero practicaba la magia y la adivinación. En 589 un concilio de obispos promulgó normas contra ciertos abusos en la liturgia de la Iglesia y contra prácticas populares como las canciones obscenas y los bailes lúbricos durante las fiestas de la Iglesia. Las costumbres totémicas, al parecer, persistían en los últimos años del siglo IV.

Desgraciadamente, a partir de 711, fecha de la invasión mora, no hay nada en los registros que nos permita seguir el rastro del paganismo en España.

IX. LA ESPAÑA MODERNA

La mayoría de los autores que han tratado el tema de España destacan que su geografía ha favorecido la preservación de las antiguas comunidades y la conservación de sus ancianas costumbres. Cadenas montañosas que atraviesan toda la Península y ríos de cauce profundo propician una tendencia al aislamiento. Havelock Ellis ha anotado:

«La creencia común de que España es un país rígidamente conservador, inmutado e incambiable, tiene un elemento de verdad. La gente tiene cierta fibra de tenacidad ... que hace que en el español de hoy se reconozca fácilmente al ibero que describió Estrabón hace dos mil años» (1923: 1).

De manera que en España están presentes tanto la topografía natural como un rasgo cultural de atraso, factores que facilitarían la perpetuación de costumbres antiguas. Los vascos, por ejemplo, aislados durante siglos cerca de los Pirineos, aún mantienen en ciertas comarcas la precedencia de la hija mayor frente a los hijos varones en sus derechos hereditarios.

Havelock destaca en particular el gusto de los españoles por los rituales.

«Para un español... el ceremonialismo es algo serio y real que abarca todos los aspectos de la vida y que no es menos formal y serio en la plaza de toros que en la iglesia» (*ibidem*: 52).

La quema de herejes no se abandonó hasta los comienzos del siglo XVIII. Cerca de Haro, en la Rioja, escribe Havelock, existe una hermandad que practica la flagelación hasta que corre la sangre. Ford, escribiendo en 1861, trata extensamente las numerosas prácticas supersticiosas que prevalecían en España en aquellos tiempos. Reliquias religiosas como hechizos, medallas, huesos y la ropa de los santos contaban con aceptación general, y la abjuración fálica del ojo del demonio era muy corriente.

Cada provincia tenía su propio santo tutelar y su reliquia con jurisdicción en el ámbito local.

X. LA MODERNA CORRIDA DE TOROS

Los historiadores no se han puesto de acuerdo acerca del origen de la corrida de toros. Algunos autores, como Havelock, sostienen que sus orígenes son moros. Otros sitúan su origen en la antigua Iberia, o en Roma, de donde habría sido traída a España. Casi todos los historiadores coinciden en que no hay rastro de celebración de corridas de toros en España entre 711 y 1107, el periodo que se extiende desde la invasión mora hasta el comienzo de la reconquista cristiana de la Península. Dowset, sin embargo, afirma que los moros celebraban corridas de toros en los decrepitos anfiteatros de Mérida, Córdoba, Tarragona, Toledo y otras ciudades.¹³

Según Murray (1838: 391-6), la primera corrida de toros se celebró en España en 1107 Bourne (1917: 153) sitúa la fecha en 1040 en Ávila y la celebración con motivo de la boda de Blasco Núñez, en la que tomaron parte moros y cristianos. El deporte no tardó en hacerse popular; sin embargo, en la corrida de toros original, sólo podían participar los caballeros o miembros del estrato superior de la sociedad feudal. El combate se regía estrictamente por un puntillo caballeroso. Se atribuye al Cid la lidia de toros, en la arena de un ruedo, con anterioridad a las fechas dadas arriba.

Se han hecho numerosos intentos de prohibir las corridas de toros, todos ellos sin éxito. Lo intentaron, aunque en vano, la reina Isabel, Carlos III y Carlos IV. Entre 1516 y 1555 el deporte ganó considerablemente en atractivo popular, y durante la dinastía de los Borbones, las corridas de toros dejaron de ser el

¹³ El material histórico sobre la corrida de toros en España se ha extraído principalmente de Dowset (1928).

deporte de la nobleza. Felipe V intentó, sin éxito, suprimir el deporte, al igual que hizo el papa Pío V.

La corrida de toros se ha extendido a México, Portugal, sur de Francia y, en escasas ocasiones, a Italia. En 1332 se celebró una gran fiesta de toros en el Coliseo de Roma. Fitz Barnard dice que se celebraron muchas corridas en Roma bajo la autoridad de los papas; a Cesar Borgia se le reputa haber lidiado toros con ocasión de la boda de su hermana Lucrecia. Cuando Napoleón visitó Verona en 1805, se celebró una corrida de toros en el anfiteatro (Fig. n.º 51).

XI. LA CORRIDA DE TOROS COMO REMINISCENCIA

Todos los autores que se han ocupado del tema están de acuerdo en que la corrida de toros tiene su origen en costumbres bárbaras de algún tipo, aunque, como se ha dicho, las opiniones se dividen acerca de si la fuente fue romana, mora o aborigen de Iberia. González de Bedoya, que escribe en 1850, dice que la historia de España carece totalmente de datos acerca del origen de la corrida de toros. Por su parte Bourne dice:

«La corrida de toros española es en el presente probablemente tan famosa como lo fuera el antiguo juego micénico, o la caza del toro en Tesalia. Hay similitudes entre ellas, incluso similitudes pasmosas, pero hasta ahora no hay pruebas conclusivas de conexión alguna» (1917: 153).

Si la corrida de toros fuese, al menos hasta cierto punto, sobreviviente del mitraísmo, cabría esperar que esta actividad tuviera relación con otras prácticas religiosas españolas. Ford, que escribe en 1861, afirma que las corridas se suelen reservar para celebrar:

«... las principales fiestas de la Iglesia y de la Corona, para las festividades de santos locales, que cuentan con la devoción sincera de sus fieles, y las de la Virgen; se dan también con ocasión

de bodas reales y coronación de soberanos, y se denominan *Fiestas Reales*: aquí, el ceremonial se ve privado del carácter religioso, pero su importancia mundana y su boato se ven muy resaltadas» (1861: 228).

Son numerosos los autores prestigiados que han acogido favorablemente la hipótesis de que la corrida de toros moderna tiene su origen en los antiguos cultos del toro. Entre estos investigadores están Jane Harrison (1927: 211) A. B. Cook (1914:



Fig. n.º 51.- Vincenzo Rustici (1556-1632): *Tauromaquias en la plaza del Campo de Siena*, s. XVI. Apud Traimond, B. (1996): *Les Fêtes du Taureau. Essai d'Ethnologie historique*, Bordeaux, AA Éditions.

497), Charles Seltman (1933: 160), Talbot Hamlin (1940: 160), y W. Crooke (1917: 161)

Si la corrida de toros fuese en verdad *supérstite* del antiguo sacrificio mitraico del toro, sobrarían razones para creer que, a lo largo de la historia, una cantidad innumerable de individuos habrían hecho lo posible por obviar este hecho. Ya hemos apuntado que el surgimiento del cristianismo fue acompañado de la

destrucción fanática de toda huella del mitraísmo. Hemos visto, además, que la Iglesia hizo lo posible por erradicar la práctica religiosa del sacrificio de animales, recurriendo a la pena de muerte para los adeptos a este ritual pagano. Y, en general, los fieles devotos siempre se han mostrado reacios a reconocer las fuentes paganas del cristianismo.

Una última pieza de evidencia se nos ofrece por sí misma. El deporte español de matar al toro se denomina *Fiestas de Toros*. Pero Ford (1861: 287) dice que en su traducción inglesa este término tiene un significado laico y bajo, ya que su traducción más fiel incluiría la noción de *festín* o de *festival de toros*.¹⁴ Esta información añade mayor fuerza a nuestra conjetura de que la corrida de toros es *supérstite* de los rituales banquetes comunales de la antigüedad.

XII. CONCLUSIÓN

Hemos intentado verificar la hipótesis de que la corrida de toros moderna es reminiscencia del festín totémico, en el cual el hombre primitivo conmemoraba el crimen primordial matando y comiendo al animal totémico. Hemos visto que el toro muy frecuentemente fue, en la antigüedad un animal totémico. Sabemos que los deportes populares proporcionan, además de vías de salida a la hostilidad reprimida, sentimientos de admiración hacia un héroe.¹⁵ Es un hecho que el totemismo y las fobias infantiles

¹⁴ N. del T.: *Feasts or festivals of bulls*. El autor parece referirse a la noción de banquete festivo.

¹⁵ El Dr. Renato J. Almansi reporta haber tratado a un sudamericano muy aficionado a la caza que se excitaba muchísimo en las corridas de toros. Este paciente rindió abundante material indicador de que él identificaba a su padre con el toro, así como del hecho de que él se identificaba simultáneamente con el torero y con el toro, admirando a ambos por su valor y su fuerza. La misma identificación del padre con el toro volvió a surgir durante un sueño en el que él pisaba la arena de un ruedo y era aterrorizado por un toro, y también en otras muchas asociaciones.

demuestran el desplazamiento hacia animales de las actitudes para con el padre,¹⁶ y que la historia de las religiones está repleta de divinidades taurinas.

Vimos que el sacrificio del toro era el rito central del mitraísmo, que se extendió por todo el orbe romano. Hay evidencia de que la lidia de toros fue introducida en España por los romanos. Podemos, en consecuencia, concluir afirmando que existe una fuerte posibilidad de que la corrida de toros española sea, al menos parcialmente, una reminiscencia mitraica, y que hemos validado en gran medida nuestra hipótesis original. La cuestión de por qué ha sobrevivido el sacrificio de toros sólo en España tiene que quedar abierta para ulteriores investigaciones. Es instructivo que el eminente Jessie L. Weston haya llegado a considerar que las historias del Santo Grial son reminiscencias del mitraísmo:

«Los romances del Grial reposan eventualmente, no sobre la imaginación de un poeta, sino sobre las ruinas de un ritual augusto y antiguo, un ritual que llegó a afirmarse como el guardián acreditado de los secretos más profundos de la Vida. Apeado de tan alta posición por la fuerza incesante de la evolución religiosa, —porque, después de todo, Adonis, Atis y sus congéneres no son más que los *semidioses* que tienen que dejar sitio a *los dioses* cuando éstos llegan—; siguió presente, abiertamente, en costumbres folklóricas, en ayunos y festines, siempre que no alterara la tranquilidad del país; secretamente, al abrigo de cuevas y montañas...» (1941: 176).

Terminamos con una declaración de Horatio Smith:

«Hemos visto cuántos siglos sobrevivieron los juegos paganos a las deidades en cuyo honor habían sido originariamente

¹⁶ Freud menciona a un paciente paranoico que soñó que era perseguido por un toro enorme, del que huía aterrorizado. (1905-1915 (1917): Vol, II, 239).

instituidos. Más dispuestos a rendir su anticuada religión que la diversión que ésta llevaba emparejada, los paganos sólo podían ganarse para el cristianismo mediante un compromiso que les permitiera incorporar a la nueva fe muchas de las festividades y asuetos del paganismo. Es cierto que éstas adoptaron otros nombres; fueron bautizadas de nuevo y consagradas a santos y mártires en lugar de a semidioses y héroes; pero a la multitud le importaba muy poco la forma y el título, siempre que obtuviera la esencia, la cual, según el sentir popular, consistía en la festividad y en sus concomitancias procesionales o festivas» (1833: 95).

BIBLIOGRAFÍA

- Altamira, R. (1930): *A History of Spanish Civilization*, London, Constable & Co. Es una traducción.
- Bourne, E. (1917): "Ancient Bull Fights", *Art and Archaeology*. Capitán L. Fitz Barnard: *Fighting Sports*, London, Odhams Press.
- Conybeare, F. C. (1905): "The Survival of Animal Sacrifices inside the Christian Church", *The American Journal of Theology*.
- _____ (1916): *The Encyclopedia of Religion and Ethics*, New York, Scribners.
- Cook, AB. (1914): *Zeus*, Cambridge Univ. Press, Vol. I.
- Croque, W. (1917): "Bull-baiting, Bull-racing, Bull-fights", *Folklore*, June
- Cumont, F. (1903): *The Mysteries of Mitra*, Chicago, The Open Court Publishing Co. Hay traducción al castellano.
- Chapman, Ch. E. (1931): *A History of Spain*, New York, Macmillan.
- Davis, R. H. (1902): *The Gentle Art of Bull-Fighting*, New York, Scribners.
- _____ (1910): "The Bull Ring" *The English Illustrated Magazine*.
- Demircioglu, Halil (1939): *Der Gott auf dem Stier*, Berlin, Triltsch & Ruther.
- De Oliveira Martins, J. P. (1930): *History of Iberian Civilization*, London, Oxford University Press. Hay traducción al castellano.
- Dowsett, Morewood J. (1928): *The Spanish Bull Ring*, London, John Bale, Sons & Danielson, Ltd.
- Ford, R. (1861): *Gatherings from Spain*, John Murray, London.
- Frazer, J. G. (1923): *The Golden Bough*, Macmillan. Hay traducción al castellano de una edición abreviada de México, Fondo Cultural Económico.
- _____ (1925): *ibidem*, Parte V. Vol. I.

- Freud: *Totem and Tabu*, (edición de Modern Library). Hay traducción al castellano.
- _____: *Certain Neurotic Mechanims in Jealousy, Paranoia and Homosexuality*, Collected Papes, Vol. II.
- González de Bedoya (1850): *Historia del Toreo*, Madrid. Egartorre Libros.
- Harrison, J. (1922): *Prolegomena to the Study of Greek Religion*, Cambridge Univ. Press, 3ª edición
- _____(1927): *Themis*, Cambridge Univ. Press.
- _____(1948): *Ancient Art and Ritual*, New York, Oxford University Press.
- Havelock, E. (1923): *The Soul of Spain*, New York, Houghton Mifflin Co.
- Hemingway, E. (1932): *Death in the Afternoon*, New York, Scribners. Hay traducción al castellano.
- Mckenna, S. (1938): *Paganism and Pagan Survivals in Spain up to the Fall of the Visigothic Kingdom*, Washington, D.C., The Catholic University of America.
- Murray (1838): "Spanish Bull-Feasts and Bull-Fights", London, *The Quarterly Review*, Vol. LXII.
- Reik, T. (1946): *Ritual: Psychoanalytic Studies*, Farrar, New York, Strauss & Co.
- Robertson, J. M. (1911): *Pagan Christs*, London, Watts & Co.
- Romero de Solís, P. (1955): *Sacrificio y Tauromaquia en España y América*, Sevilla, Real Maestranza de Caballería de Sevilla y Universidad de Sevilla.
- Seltman, Ch. (1933): *Greek Coins*, London, Methuen.
- Smith, H. (1833): *Festival, Games, and Amusements*, New York, Harper.
- Talbot, H. (1940): *Architecture through the Ages*, New York, Putnam's.
- Weston, J. L. (1941): *From Ritual to Romance*, New York, Peter Smith.